

# Via Lucis

Publicamos a continuación el poemario completo "Via Lucis" con que Mons. Gilberto Gómez, obispo auxiliar de Abancay, ganó el premio internacional de poesía mística "Fernando Rielo".

23/03/2005

## VIA LUCIS

“Es Cristo quien vive en mí”

(Ga 2,20)

Yo no quiero seguir a la zaga de tus  
pasos

ni engrosar el cortejo solemne y  
luctuoso

a mi ritmo gregoriano de otras lunas,

al vaivén de mi rutina;

pues me asfixia el rumboso capirote

que hace de mi carne pecadora

carne de procesión.

Ya no seré María Magdalena

ni el súbito recluta de Cirene

ni la fémina piadosa y descarada

que infiltró entre la escolta

el lienzo de la imagen prohibida.

Que me borren del grupo plañidero

que va sembrando perlas tras de Ti;

que me expropien mi nombre y  
apellidos:  
ni siquiera yo mismo quiero ser.  
Sólo quiero negarme a mí mismo  
y todo aquello que no seas Tú en esta  
vía:  
ver por tus ojos y escuchar contigo  
la blasfemia y el lamento,  
las plegaria y el martillo;  
y sentir los dedos del flagelo  
intermitente  
que pulsa, como arpa, mis costillas,  
la garra inexorable del acero  
en mis carnes...Y en mi alma,  
la punzada abismal del estar solo  
entre el cielo y la tierra,

Dame, Señor, la túnica sangrienta,  
desgarrada y escupida,  
regálame tu leño y tu camino y tu  
piel.

Disfrázame,  
revísteme de Ti, mi Nazareno.

Y podré caminar con mi Padre y con  
mis cristos -mis hermanos-  
en diálogo amoroso y permanente.

I

“¿A quién queréis que os suelte?”

Encuesta de Pilato, sondeo de  
opinión,

Coartada de oculta cobardía:

¿Jesús o Barrabás? ¿Cristo o un  
bandido?

Escrutinio de votos, porcentaje,

en pos la minúscula razón,  
la efímera verdad que es necesaria  
para salir del paso.  
Y Pilato se lava la conciencia  
en el agua que no limpia.  
A sí mismo se lava en su agua  
Para que no lo lave en la mía.  
-Nada entiendes de sangre, romano  
experto en sangres,  
tú que has vertido tanta.  
Te desmarcas del grupo de culpables,  
cuando, por ellos justamente, la voy a  
derramar.  
Te lo aseguro: no tendrás que ver  
conmigo,  
si no te lavo.

“Ser o no ser es la cuestión” de siempre:

contempladlo, a cubierto de mi sangre,

comandar el atusado pelotón de los omisos.

Hoy como ayer: mirad pasar de mano en mano

la inocente jofaina de agua tibia.

Hoy como ayer,

“crucifícale” es el grito intemporal y permanente

que aglutina tantos gritos,

que aúna decibelios y silencios.

Oye, Padre, el siniestro veredicto

de las gargantas rojas y los cerebros grises,

que tiñó la historia de holocaustos

y surcó de catacumbas los subsuelos  
de las urbes.

Son libres y auténticos los hombres  
que hemos hecho a tu imagen:  
capaces de visión y de ceguera,  
de odios y de amores,  
de oración y de blasfemia.

Abbá, Padre, con qué fuerza el  
hombre débil

corea la antífona inspirada del sumo  
sacerdote:

“Caiga su sangre sobre nosotros”.

¡Cuánta sed agarrota esas gargantas  
posesas!

¡Cuánto afán de ser tuyos sin saberlo!

“Morirás en la Cruz” es la sentencia  
tan ortodoxamente elaborada,

tan políticamente correcta,  
que disipa las dudas al respecto.

“Morirás en la Cruz”. Tal es la fuente  
del torrente de lógicas absurdas  
que va dejando en los meandros de  
la historia  
aluviones de cepos y cadalsos.

Oye cantar la blanca muchedumbre  
de aquellos “que lavaron sus vestidos  
en la sangre del Cordero”.

Los ríos de su sangre y de la mía  
confluyen en el mar de tu presencia.

II

Abracé con pasión aquel madero,  
el delito por mí no perpetrado;

cargué sobre mis hombros de pastor  
la oveja cien de mi majada.

“Padre mío, si es posible,  
pase de mí este cáliz”, gemí a solas en  
el huerto.

Son testigos la luna y los olivos.

Rejón de muerte, soledad sin límites.

La misma deserción todos los siglos:  
dormitan los amigos,  
se afanan los traidores al acecho.

Los hijos de la noche son más cautos  
que los hijos de la luz.

El patíbulo cargado, bajo el sol del  
mediodía,

dibuja un signo más sobre la tierra.

Sobre la tierra que piso,

sobre la tierra que sueño,  
la Cruz suma y afirma:  
es el único sí definitivo  
capaz de anular las negaciones;  
el yugo acolchado, la carga liviana,  
la puerta angosta, la senda empinada  
y caprina  
que lleva a los cielos.

Abba, Padre: ¿no ves venir por ella  
a los que antes erraban el camino?  
“El que quiera seguirme, que me  
siga”.

Mirad la multitud de mis cruzados.  
Todos llevan la Cruz a su manera:  
grande o pequeña,  
en aspa, como Andrés

o invertida, como Pedro;

la cruz romá o la cruz filuda como espada.

No la cruz sofisticada de la vieja fantasiosa

-la loca de la casa-

ni el Calvario sin Cristo, fabricado a domicilio.

Nunca jamás la cruz gamada y odiadora,

ni la cruz arrastro,

ni la cruz-monumento de pretéritos rencores.

Abba, Padre: la cruz es tu regalo.

Sólo Tú sabes la medida exacta:

más justa que el traje o los zapatos,

más justa que las gafas y el reloj.

La cruces siempre tienen nombre propio:

no hay fábricas de cruces en serie ni de cruces-comodín.

Mira esa ingente multitud de hijos  
cada día sellados en su frente, en sus  
labios, en su pecho.

Ve la cruz en las cimas de los montes  
y en el techo de las casas,

y en salones y en alcobas,

y en la cumbre de todas las labores  
de los vivos;

y las cruces de aquellos más felices

que se lavan la cara y perfuman la  
cabeza,

y a la suya no quieren llamar cruz,  
sino don.

Esa Cruz es el arma decisiva,  
camuflada en los pliegues del  
vestido,  
en los bolsillos del alma,  
en los pechos humildes que no  
exhiben su dolor...

Contempla esa crucífera legión  
que los verdugos míos y los de ellos  
-embriagados de sangre y de  
tumulto-  
no podrán detener.

Tu silencio y el suyo es presagio  
de victoria inminente y total

### III

Caí por vez primera, cuando apenas  
comenzaba la ascensión.

La cruz hiende, aplasta, me atornilla  
contra el suelo  
como el huso del lagar.

Tú bien sabes por qué me pesa tanto.  
Si mis cristos me imitan en llevarla,  
al caer, los imito, en cierto modo, yo  
a ellos.

Las caídas  
son ocaso repentino y pasajero  
compromiso leal de encarnación.

Desde el suelo los vi caer también a  
ellos  
bajo su cruz pequeña.

No es la cruz la culpable, no es el  
peso de la carga  
que prometí ligera.

Es el imán del suelo,

la ley de la gravitación universal  
( las manzana de Newton y de Adán  
apuntan en la misma dirección),  
porque lleva en su carne la ley de sus  
miembros  
y es polvo y arcilla, barro de botijo.  
Caer y levantarse, el ritmo exacto,  
la dinámica propia del camino.  
No me quiero privar de este  
bautismo de polvo  
que unge mi humanidad.  
Caer y levantarse  
es la lógica misma del ser hombre  
redimido.  
Por impulso amoroso, en tu seno,  
sentí yo la llamada de este polvo.

Fue en Belén, realmente, la caída  
primigenia;

y aun antes, en el seno de una virgen  
que nunca desdeñé.

Abbá, Padre:

Sabe a pan este polvo palestino  
que muerdo, más que beso, en mi  
caída.

Al instante me alzo como puedo  
– ya podéis levantaros, hijos míos.-

Acuden en ayuda las rodillas y los  
codos,

los ojos de los buenos, y hasta el  
pecho

de mi Madre y vuestra Madre.

Un empeño común y solidario  
nos mantiene en pie.

Solo restan tres días, y entonces,  
surgiendo con los bríos de un titán,  
no habrá losa capaz de retenerme  
y se alzará conmigo todo el polvo  
rescatado.

## IV

¡Qué sorpresas depara este camino!  
Doloroso, amargo y empinado,  
aburrido nunca.

¿Has visto?

La Madre acude siempre a la hora  
del traspiés,  
como afluye la sangre a las heridas,  
para tender su brazos como arrimo,  
su seno como alfombra.

La Madre vigila.

Me sumerjo en su abrazo como  
antaño, cuando niño,

cuando Herodes seguía nuestro  
rastro

y las sombras dilataban las pupilas  
vigilantes,

y el miedo nos subía sigiloso

los peldaños de la espina dorsal.

Me has dado, Padre, un corazón  
gemelo:

(¡Qué maravilla el corazón de carne!)

heroico y sensible,

titánico y humilde al mismo tiempo,

al filo del colapso o de la hazaña.

Ha estallado un silencio que  
amordaza hasta el suspiro.

Ya no siento mi carne ni mis huesos.  
Solo a Ella.

“Esta sí que es carne de mi carne  
y hueso de mis huesos”- repito como  
Adán.

-Repetid conmigo-.

Tan sólo yo pasé a través de Ella,  
sin mellarla ni romperla;  
como pasé las paredes del cenáculo  
el domingo de la Pascua;  
como el rayo de sol  
atraviesa el cristal no mancillado.

Tan solo yo he habitado el santuario  
erigido ex profeso para mí .

Abbá, Padre:

Un tiempo infinito has invertido  
en diseñar mi morada entre los  
vivos;

en modelar ese vientre  
y esas manos que me acogen, como  
ahora,  
niño y moribundo, cadáver luego.

V

Un tal Simón de Cirene venía del  
campo”  
(Lc 23,26)

Le vi pasar de lejos muchas veces  
camino de su hogar al mediodía,  
cuando el sol abrasa los surcos  
y el torso del labriego,  
y cuando todo por hoy - según  
piensa- está cumplido.

Cuando llegue mi hora,  
yo le daré palabras a esa idea

y su alcance divino y verdadero,  
cuando ese todo sea el todo, colmado  
y remecido,  
la total plenitud sobreabundante,  
y cuando ya no falte nada que hacer  
en absoluto.

Abbá, Padre:

él sabrá hoy que falta todavía  
trascender el camino calcado y  
consabido;  
que no es el hombre ni su suerte,  
sino Tú, quien señala el camino y la  
meta, la ración de sudor de cada  
empeño  
y la exacta medida del esfuerzo  
estipulado.

Esta tarde incluiré su “todo” en mi  
todo,

daré a su labor la dimensión, por él  
insospechada,  
de haber corredimido.

También su granito de arena  
entrará en mi construcción;  
y su gota de agua, mezclada en mi  
vino,  
llegará a ser sangre redimida y  
redentora.

Le obligan a cargar este madero  
y lo llevó a contrapelo y sometido,  
con amor más tarde.

Simón ha hecho historia, en  
recompensa,  
porque es el prototipo  
de tantos cireneos que aguardan su  
turno

de cargar con mi madero.

Mira cuántos aprenden la lección  
de que nunca se puede decir basta,  
hasta que caiga la noche y vengas  
a dar tu denario al jornalero.

## VI

Verónica es el nombre  
que le dio la memoria de las gentes  
a esta mujer valiente y detallista.  
Posó su lienzo, blanco como su alma,  
en mi rostro  
y en él plasmé , agradecido,  
las recias pinceladas de mi estampa  
en este viernes:  
sangre y salivazos,  
lágrima y sudor.

Ni el pintor logró la pose  
ni el flash más oportuno  
pudo captar instantánea puntual del  
“ecce homo”.

No pudieron las lanzas detenerla,  
ni la barrera policial fue suficiente  
para abortar su rebelión.

Nadie atinó a buscar mi rostro esta  
mañana, como ella,  
la que supo guardar en su pañuelo la  
perla preciosa,  
el ícono invalorable y exclusivo de  
mi faz.

Después de la Madre,  
de nuevo una mujer es quien se  
acerca.

Abbá, Padre:

Veo con qué primor has modelado la  
costilla de Adán:

imaginativa y seductora,

heroína y hacendosa

y detallista:

con un hilo de tiempo y de espacio,

borda un primor que deja  
boquiabiertos a los siglos.

Y se fue, como vino, Verónica de  
nombre,

sin darse importancia,

sin dejar rastro tras de sí.

En verdad os digo:

dondequiera se recuerde esta vía,

se hará memoria de ella.

Hay un instinto anónimo y gregario  
en esas turbas

-rebaño al fin-

que les hace incorporarse a las  
últimas noticias,

repetir como loros las consignas del  
megáfono,

y arrimarse al sol que más calienta,  
a los soles de ocasión.

Yo, en cambio, entre las gentes  
siempre supe

qué mano me tocó el borde del  
manto,

qué hombrecillo me espiaba entre las  
ramas de la higuera

o qué joven sin dolo meditaba a su  
sombra,

y qué inéditas preguntas les hacían  
comezón.

Yo los vi como ovejas sin pastor,  
que se hartaban de panes y de peces  
en el yermo,  
que traían sus enfermos y sus niños,  
sin que yo rehuyera sus humores y  
sus babas...

Abbá, Padre:  
de barro hiciste al hombre,  
y le insuflaste un hálito de vida.

La masa es inerte y es anónima;  
el espíritu, empero, es libertad.

De barro me has dado un cuerpo  
en un claustro virginal;  
del Espíritu me has ungido,

y, libre, doy mi vida porque quiero,  
y, porque quiero, estoy en tierra  
caído y abrazado  
a su entera redondez,  
y, porque quiero, me alzo  
nuevamente  
y rescato este barro de alfarero  
para que Tú lo amases con tus manos  
hasta hacer de mi masa Eucaristía.

## VIII

“Mujeres de Jerusalén, no lloréis por  
mí”

(Lc 23,28)

Por vosotras llorad, por vuestros  
hijos  
como el día del parto.

(“La mujer, cuando va a dar luz,  
gime porque ha llegado su hora”)

Revivo la escena de una boda  
campesina,  
la plegaria de mujer, y mi respuesta  
cuyo alcance no pudo adivinar:  
“No ha llegado mi hora todavía”.

Hoy, en cambio, la hora se avecina,  
y ya el reloj del Gólgota  
empieza a maquinar sus  
campanadas.

Mi hora está ahí,  
como la hora de un nuevo  
alumbramiento,  
apenas pase la hora triste del  
príncipe de este mundo,

a quien voy a derribar de su escaño  
prepotente.

Mujeres de Sión:

no es la hora de los ayes plañideros  
y las lágrimas estériles.

Es tiempo de llorar con llanto recio y  
varonil.

Que el llanto se haga lágrima y  
propósito,

lágrima fecunda

que riegue la aridez de tus raíces,

árbol seco,

porque está la segur al pie de tronco

y la hoguera encendida más fuerte  
siete veces

que en el horno de Daniel.

Mujeres de Sión:

Empujad con vuestro llanto,  
ayudadme a dar a luz a la nueva  
criatura.

Y un día enjugaréis los ojos que han  
visto al Salvador

y cantaréis con el profeta:

“Hija de Sión, alégrate”.

Cuando no haya más llanto ni  
tristeza

ni dolor.

## IX

Heme aquí por los suelos sembrado  
nuevamente

en el umbral de la rocosa calavera  
del Calvario,

cuando estoy por pisar el escenario  
y está por levantarse el telón

del desenlace.

Rebusco en los cajones de mis fuerzas,

y solo encuentro

la misma decisión inquebrantable

de llegar hasta el final;

y no hay más huelgos que ese plus de inercia

que hace movilizarse a los autómatas

Oh Padre, me deslumbra el final del túnel, que se acerca,

y me ciegan las ansias de tu rostro.

Dame solo la luz que me permita

andar un paso más.

Para que mis discípulos aprendan que conviene

seguir la rueda del caer y levantarse  
hasta el final  
con ascesis sonriente y deportiva.

No es necesario divisar todo el  
trayecto

ni explorar todas las pistas del  
futuro.

Les basta la gracia del aquí y del  
ahora

que ilumine el tramo suficiente  
para dar un paso más.

**X**

“Se reparten mis ropas”

(Sal 22, 19)

No les sonroja ver mis carnes puras  
-¿quién puede echarme en cara  
algún pecado-

Desnudo en Belén,

desnudo en la cruz.

Entonces me fajaron los pañales

primorosos de la Madre;

ahora se juegan a los dados

el manto que tejió con tanto esmero  
para mí.

Abbá, Padre:

heme aquí ya de todo despojado.

Me arropa por completo tu mirada  
providente

que engalana los lirios y las aves.

Al quitar mis vestidos,

no hacen más que pertrecharme

contra el último embate de las olas,

como a un hijo del Océano.

Viene el príncipe de este mundo  
-nada en mí le pertenece-  
y es preciso estar desnudo para el  
envite frontal.

Contemplad sin empacho, cristos  
míos,

esta franca humanidad:  
todo en ella es carne inmaculada,  
tejida en vientre inmaculado.

Reparten mis vestidos: ¿quién los  
vestirá?

Rescatad esa ropa que me usurpan,  
vended cuanto tenéis, compradla a  
precio

y vestíos de mí  
-como Jacob se disfrazó de  
primogénito-,

y servid a mi Padre el guiso preferido  
(Su comida y la mía es que se cumpla  
hasta el fin su voluntad).

Abbá, Padre,

Harás tus herederos  
a toda una legión de primogénitos.

## XI

Han clavado mis manos creadoras  
que amasaron al hombre en el  
comienzo,  
que hicieron lodo para dar la vista  
y acariciaron a los niños;  
Manos que tomaron pan y lo  
partieron  
y entregaron mi cuerpo en comida;

manos recias del hijo de José, el artesano,

que forjaron, sin tregua, su callo en el oficio.

En el taller como en la cruz,

mis manos avezadas al madero.

Han taladrado los pies

que dieron tu presencia a los camino;

han clavado los pies, cuyas sandalias

ni atar osó el Bautista. Pies ligeros

que buscaron la oveja descarriada,

y regó con sus lágrimas la adultera.

Acostado a lo largo del patíbulo,

de espaldas a la tierra (expulsado de mi viña

que me niega residencia),

ya todo mi paisaje es cielo puro  
y eres Tú - que lo habitas-  
la meta anhelada e inminente  
desplegada en su anchura diáfana y  
azul ante mi pecho,  
como la cinta que el atleta extenuado  
debe traspasar.

A golpes de martillo  
la mueca se dibuja irreprimible.  
Señor, ¡qué pocos clavos se precisan  
para dejar inmóvil lo infinito  
y fundir la inocencia con la culpa!  
¡Qué pocos clavos bastan  
para hacer de un hombre un  
crucifijo!

“Todo está cumplido”

(Jn 19,30)

No falta una palabra ni una tilde.

Siete dije en la Cruz - el número perfecto-

y está todo dicho.

## **XII- 1**

“Perdónalos porque no saben lo que hacen”

(Lc 23,34)

Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen, lo que dicen, lo que rezan sus blasfemias.

Son sus mentes vasijas agrietadas que no pueden retener las aguas salvadoras.

Hasta el fin de los tiempos cubrirán

esas nieblas de ignorancia las  
naciones:

no saben los expertos de este mundo  
el secreto confiado a los sencillos.

Más que estos clavos, me desgarra  
la suerte del rebaño dispersado  
que ha matado al mayoral.

Abbá, Padre:

tomarás de mis panes y mis peces,  
los harás recostar en las praderas  
y les darás su viático;  
y saldrás a la atalaya cada tarde  
a otear los caminos de los pródigos  
que vuelven a tu hogar.

**XII- 2**

“Esta tarde estarás conmigo en el paraíso”

(Lc 23,43)

Me conmueve su agónica mirada compasiva,

el regio señorío de olvidarse de sí mismo

y trascender su grave circunstancia y su pasado.

Me admira la serena lucidez de su sentencia

-que Pilato no fue digno de dictar-.

Dichoso tú, hermano de patíbulo,  
mi cristo inmediato y colindante.

En verdad en verdad te digo, como a Pedro:

Mi Padre celestial es quien te inspira

la indecible pируeta

de saltar al cielo con los pies  
clavados.

Y tú, Gestas, compañero de camino,

-llamado “el mal ladrón”-

árbol seco plantado a mi puerta,

tronco estéril que nunca tendrá  
fruto.

Tú, aborto de un cristo no cuajado,

mordido en el desierto por la víbora  
letal:

acércame tus ojos y tus fiebres,

antes que anochezca,

y mi hambre de perdón se agarrará a  
tu SOS

como a un clavo ardiendo.

Dondequiera que estén los  
convidados de la muerte,  
ahí me verás, atento a recoger,  
como un perrillo fiel bajo la mesa,  
migajas de contrición.

## XII- 3

“Ahí tienes a tu hijo”

(Jn 19,26)

Mujer, ahí tienes a tu hijo,

y en él a mí me tienes,

y en mí, a tus hijos nuevos.

Contémplame en el rostro de tus  
hijos, mis hermanos,

que he comprado al precio de mi  
sangre.

Nueva Eva, discípula primera,

primera redimida:  
hoy para ti recuerdo expresamente  
que “todo lo que hicisteis a estos  
pobres,  
mis hermanos, a mí me lo habéis  
hecho”.

Ea, Madre,  
el que asía tus pechos en Belén  
pasa hambre en todos los  
hambrientos:  
dales de comer.

En los pasos perdidos de tus hijos  
búscame y encuéntrame y  
repréchame  
y regrésame a tu hogar.

En la cuna o en el asilo,  
en la clínica o en la celda,

explora esa piel y esas llagas  
y descubre que soy yo.

Hijo mío,  
ahí tienes a tu Madre,  
partido el pecho de dolor por una  
espada;  
ahí tienes a tu Madre con sus hijos  
frente a frente:  
el hijo inocente y los culpables;  
el fruto de su vientre, el soñador,  
-vendido como el hijo de Jacob por  
sus hermanos-  
y los hijos homicidas,  
que, emergiendo del pozo de la  
culpa,  
llegan de lejos mendigando el grano

para sus silos.

Hijo mío, discípulo amado,

en un tiempo justiciero y  
“Boanerges”,

testigo de mi gloria en la montaña

y testigo predilecto de esta hora;

alma de pulpa virgen que nunca  
habitó el gusano impuro;

tú que aplicaste el oído y auscultaste  
mis latidos

e ingresaste en el sancta santorum de  
mi templo:

ahí tienes a tu Madre,

Madre también de tus hermanos, que  
ahora veo

retratados en el iris de tus ojos,

como en el agua de un pozo  
profundo.

A ellos también digo:

He aquí la parcela reservada y escogida,

la niña de mis ojos que os dejo en testamento.

Si vivís en mí y yo en vosotros,

para su corazón ya sin espadas,

seréis su mismo Hijo.

## **XII- 4**

“Por qué me has abandonado”

(Mt 27,46)

Se hacen eternas las horas del patíbulo

y todas mis palabras y mis gestos

alcanzan su eterna dimensión.

“Elí, Elí, lamá sabachtaní”

Exhalo en el cenit de mi agonía  
la queja que el Espíritu ha dictado  
al salmista de Israel.

Orar en el idioma de David  
Me transporta a la doble frontera de  
mi hora:  
el morir como el hijo de mi Padre  
y como un hijo de mi pueblo.  
Abba, Padre:  
aparta de mí este trágico espectáculo,  
esta hiriente visión de árboles  
estériles  
que me araña el corazón con sus  
garras ponzoñosas:  
el árbol de la cruz del ladrón  
blasfemo y maldiciente,

el árbol del que pende Judas, el  
raidor,

-sus entrañas dispersas en un  
páramo de cardos-

y la higuera infructuosa y maldecida,

camino de Betania,

fosilizada en su presencia inútil

para ejemplo y profecía.

Como espina en mi carne,

el bandido y el traidor,

comensales en la mesa

de mi pan y mi suplicio.

Su inmensa soledad sin fronteras  
conocidas

ha irrumpido por todos los poros de  
mi cuerpo y de mi espíritu,

y un contagio de gritos y de sogas

me atenaza el cuello moribundo.

Tan solo mis pupilas se dilatan  
asombradas

de mirar los eriales que tu gracia no  
regó,

los vastos pedregales de la tierra

que no albergan tu semilla.

Mi espíritu está triste hasta la muerte

y surgen los terrores de la víspera:

He temido a la muerte como hombre

-que nada de los hombres me es  
ajeno

y nadie poseyó la vida plena como  
yo.

Pero el miedo la muerte no mezclaba

mi sangre y mis sudores,

-los sabios, los rebeldes y los necios

desafiaron mil veces este trance con valor-

Es la visión -para el hombre inabarcable- de la historia omnipresente,

la fétida cloaca universal,

en que los ríos del mal contaminan las ciudades

y los desiertos de amor generan viento irrespirable;

el bosque árido y tupido

de los árboles secos,

y un valle sin fin de huesos calcinados

refractarios al soplo de tu Espíritu.

Abbá, Padre:

tu nombre profanado,

tu gloria reemplazada por la gloria  
de las vergüenzas;

y esta sangre que corre en vano para  
tantos.

Eloí, Eloí, lamá sabachtaní

Abba, Padre:

yo sé que estas palabras son enigma  
de hermeneutas

y coartada, tal vez, de los rebeldes a  
tu yugo.

Sin embargo, ningún justo ha rezado  
estos versos

con igual confianza y convicción.

Venid a mí y deponed la rebeldía

los de manso y humilde corazón,

y hallaréis un descanso cuajado de  
respuestas sazonadas.

Entonces vuestras lágrimas y quejas

serán gotas que caen en el mar  
de mi queja filial y confiada.

## XII- 5

Tengo sed”

(Jn 19,28)

Abbá, Padre: yo soy aquel que en taller

alivió en el cántaro de la Madre  
la garganta reseca de polvo y aserrín;  
yo soy aquel que, fatigado del  
camino,  
mendigó de una extraña  
las aguas de Sicar.

Pero ahora mi sed viene de lejos: de  
las raíces mismas de mi ser.

Mi sed es más profunda

que el cántaro y el pozo y que el mar:  
es síndrome de tierra desértica y  
quemada

por un ansia creciente de tu gloria  
y la búsqueda azarosa de la oveja  
que perdí.

Yo siento que se me escapa el  
sufrimiento de las manos  
y mi cuerpo emprende con nostalgia  
ese sprint final de su magnífica  
aventura de mortalidad.

Más que la muerte, duele la certeza  
de que sólo se muere una vez.

Felices los mortales que aceptáis el  
reto  
de cerrar los ojos y saltar la  
alambrada;

felices los sedientos de justicia,

que sentís el orgullo de morir por  
causa justa,

como yo:

acercaos de puntillas al instante  
supremo

y descorchad con reverencia ese  
licor;

codiciad con avaricia ese tesoro

de avalorar con vuestra muerte el  
existir.

He aquí que tengo sed de vuestras  
muertes:

Vuestras muertes de amor calman mi  
sed

de seguir amando

hasta morir.

El que tenga sed que venga a mí,

que marcho en el desierto

a la cabeza de todos los sedientos,  
y hallaréis en mi pecho el manantial.

## XII- 6

“Todo está cumplido”

(Jn 19,30)

Todo está cumplido.

Apenas restan gotas

para teñir en sangre la lanza del  
soldado.

Toman mi testamento

el discípulo y la madre.

Se hace un gran silencio

cuando muere la Palabra.

Las tinieblas cubren la tierra,

porque yo soy la luz

y hoy se oculta,

porque han preferido las sombras a la luz.

Todo está cumplido

y, sin embargo,

quedarán abiertas las heridas

y seguirán manando sangre

por las llagas de aquellos

que sean dignos de llevar mi nombre

escrito en la frente.

El leño verde nunca perderá su verdor,

regado por la sangre sin cesar.

Pues la cruz es el árbol de la vida,

el nuevo árbol de la ciencia en el Edén.

Escucha, nuevo Adán, el mandato positivo

de la nueva creación: Tomad y comed todos de él.

Si coméis de sus frutos, tendréis vida en abundancia

y seréis como dioses –oráculo del Señor-.

He aquí que en mis palabras no hay engaño.

-Ya está juzgado el ángel pervertido que trastocó las claves al comienzo y adulteró las promesas de la vida para hacerlas ruleta de la muerte.-

Acercaos, sin miedo, hijos de Eva, a morder la manzana salutífera, que el veneno de la sierpe está aguado,

desde el punto en que todos los  
mordidos  
alzaron su mirada al estandarte.  
La cruz está en el vértice  
lista para el relevo,  
Acercaos, hermanos, trepad por ella  
y ved desde su altura los meses  
doradas,  
porque hemos de empapar en sangre  
la tierra  
y hacer que en toda carne  
se prolongue mi cuerpo hasta el  
Cristo Total.  
Hay niños, como poros del suburbio,  
que juegan con plástico y arcilla;  
hay jóvenes atletas y vírgenes como  
manzanas,

y hombres y mujeres...

y ancianos –su rostro surcado por arrugas, cicatrices de ilusiones-.

Subid al árbol de la cruz, mis cristos,

que abajará sus ramas para auparos.

En ella está la meta del camino  
desbrozado y andadero

que hollaron mis pies;

En ella alcanzaréis la exacta  
perspectiva:

toda la redondez del cielo,

toda la redondez de la tierra

fundidas en un abrazo.

## XII- 7

“En tus manos entrego mi alma”

(Lc 23,46)

Regreso como un náufrago salvado  
de las olas

-mi balsa fue un madero-

a la concavidad infinita de tus playas,  
a tu plácida orilla.

He aquí al pescador

que retorna de un largo faenar.

-Pescador soy, y pescadores llamé a  
mis discípulos

y colmé sus redes de pescas  
milagrosas,

ensayo y signo de pesca universal-.

Abbá, Padre:

en tus manos entrego mi alma noble  
que mi cuerpo apenas puede  
sostener.

En el cuenco de tus manos amorosas,

deposito la perla preciosa y  
deslumbrante de mi alma  
que tu hálito creó para dar vida a  
este cuerpo perfectísimo  
formado en el seno virginal.

Todo un Dios se volcó en soplo  
inefable

en el claustro materno, templo y  
cuna,

altar de alianza nupcial indisoluble  
entre cuerpo y alma, hombre y Dios.

En tus manos entrego mi cuerpo  
triturado como grano

en el molino del dolor,

este cuerpo que me diste,

signo visible de tu invisible  
presencia,

instrumento de tu amor  
desmesurado por la obra de tus  
manos.

Me diste humanidad, y través de ella  
has estrenado el nuevo modo de ser  
para los hombres.

En mi barca emprendiste la odisea  
que asombró a los ángeles e hizo  
rebelarse a los demonios:

la divina travesía de llantos y  
sonrisas,

de pisadas, caricias y sudores,  
de hambre y sueño  
y de pasión.

Cuerpo y alma, carne y sangre, unión  
indisoluble y exigida.

De tus manos salieron y a tus manos  
regresan

destruida en Sacrificio su unidad:

Has desdeñado los grases  
holocaustos de animales,

pero me has dado cuerpo y alma,

y a través de su Ofrenda te  
complaces y regalas,

y a través de su Ofrenda te adoro y  
agradezco,

y expío el crimen horrendo de la  
carne

que asumí como fraterna;

a través de la Ofrenda,

de Ti, que siempre me escuchas

y tienes en mí tu complacencia,

imploro sobre el mundo la  
abundancia de tu casa.

Toda carne es la tierra labrada,

y el arado hundió la reja en sus  
lomos desiguales.

Yo soy el sembrador, y soy el grano  
que ahora cae en tierra, y muere,  
y mañana será espiga.

Toda carne salida de la tierra será  
trigo  
que, a su vez, ha de sembrarse,  
en ofrenda permanente.

\* \* \*

Todo está cumplido.  
No falta una palabra ni una tilde.  
Siete son las palabras,  
los silencios...setenta veces siete.  
Entre silencio y tiniebla

confiesa el centurión como un notario.

Suenan los golpes de pecho  
y corren las lágrimas...

### **XIII**

Hecho un gusano y no un hombre,  
dijo el profeta.

Así me han vuelto a tus brazos  
que de niño me cargaron.

El regazo que fue trono en Belén  
hoy vuelve a serlo.

Niño en sus brazos, me entregó a los  
hombres;

Muerto, a sus brazos ellos me  
devuelven.

(Niño y cadáver, he dictado en esta  
cátedra lecciones de silencio:

que los silencios del Verbo son  
también palabra)

Tú eres, Madre mía, la primera en  
esconderte

en el seno más íntimo de todos mis  
refugios:

en mi llaga del costado.

Y mi cuerpo frío roza el tuyo,

que está vivo, a pesar de todo,

Madre mía del silencio.

Cae la tarde de la Parasceve,

-nunca el sol se puso tan de veras-

y, con mi cuerpo reclinado en tus  
rodillas,

arrancas una a una las espinas de mi  
frente coronada.

Tu rostro es cielo azul y un mar  
sereno.

El dolor te ha sentado como a nadie,  
y eres más bella todavía....

Con los últimas gotas de mi pecho  
se mezclaron tus lágrimas finales

## XIV

Donde a nadie enterraron todavía:  
en un sepulcro nuevo

-llamado a ser por siempre nuevo y  
por siempre vacío-

Es justo que se cumpla:  
como estuvo Jonás  
tres días en el vientre del cetáceo,  
así yo en el seno de la tierra.

La tierra de mis manos ha salido,  
yo saldré de ella.

Yo seré el fruto nuevo  
que jamás ha brotado de su entraña.  
Amigos hasta ahora clandestinos  
presentan la instancia y rescatan mis  
despojos.  
No escatiman dinero ni cuidado. Si  
los míos huyeron,  
José y Nicodemo dan la talla.  
Con cien libras de mezcla -mirra y  
áloes-,  
y cien millones de amor y vigilia,  
aguardan las Marías el primer día  
laborable.  
Rueda la noche y la losa pesada.  
Padre mío, heme aquí del todo  
solidario:  
Si acampé entre los vivos,

hoy pongo entre los muertos mi  
tienda de campaña.

Es preciso que me duerma entre los  
muertos  
para despertarlos:

Arriba, viejo Adán, que ya es la hora,  
y todos los que moráis en las  
sombras,

Seguid mi antorcha y enfilad la  
luminosa senda

que conduce a los verdes prados .

## XV

Pasó un día, pasó una noche: y el día  
octavo:

Y de nuevo la luz se hizo. Y he aquí el  
día primero

he la nueva creación.

Tres días sepultado, y me llamaste,

Padre mío, con los gallos,  
antes de que las cosas estén puestas,  
para verlas nacer una por una  
y pasearme contigo por el jardín,

-nuevo Adán-

y bautizarlas otra vez con agua  
nueva

esta noche de bautismos.

Y visitar a la Madre, la Reina de las  
Vísperas,

-la única antorcha de esperanza  
que arde sin consumirse en esta  
noche-

para darle el primer abrazo inmortal  
con mis brazos inmortales  
recién amanecidos.

Y llamar por su nombre  
a María de Magdala (que me busca  
entre los muertos  
degollando las rosas en el huerto de  
José)  
y enviarla a llamar a mis discípulos:  
- Despiértate, apóstol, despierta,  
abandona la mortaja prematura de  
tus noches  
y asiste al parto de sol de las colinas.  
Despierta,  
porque tienes tus párpados  
encadenados a las sombras,  
y es el nuevo día;  
sal a llenar tu cántaro con el mío,  
porque ha resucitado el Creador y no  
permite

que estén sellados los sepulcros de los vivos.

Saca tu barca mar adentro  
y echa las redes a babor y estribor  
Desembarca tus redes en la playa,  
y cuenta, si puedes, los pescados  
y cuenta, si puedes, las arenas  
pero no me preguntes nada,  
porque hoy me toca a mí hacer preguntas:

-“¿Me amas?”

Después sube conmigo a la montaña:  
y mírame ir al cielo,  
y vuelve a mirar la tierra  
para que no te quedes ahí clavado.  
Por último, borracho de mi Espíritu,

atraviesa los muros del cenáculo,  
derriba todos los muros de todos los  
tiempos,  
y arrójate en medio de las turbas,  
en medio de la vorágine,  
y grítales sin miedo: ¡Arrepentíos!  
y con el agua nueva, recibid la nueva  
lumbre  
y caminad con conmigo  
por la vía de la luz.

Abancay, Perú, 2004